

Cuando Miramón, en vista de sus grandes pérdidas y de la tenaz resistencia de su enemigo, desistió de su empeño de desalojarlo de las fuertes posiciones que ocupaba, no se concretó á forzar el paso precipitada é imprecavidamente—como parece indicar S. S.—sino que lo hizo ajustándose á los más estrictos principios tácticos. Así se desprende del testimonio de uno de sus principales adversarios, el Gral. Don Miguel Blanco, quien, refiriéndose á este hecho, dice: “Al efecto, recogió el enemigo sus fuerzas, aunque con algún desconcierto y precipitación, *formó en batalla, cubriendo el camino del puerto; hizo desfilar por su retaguardia todos sus trenes; y al último, las fuerzas protegiendo todo el movimiento*”. (1) Además, Miramón cuidó de recoger, en los carros desocupados al mayor número posible de sus heridos. Por eso el Coronel Paz expresa que Miramón hizo cuanto humanamente podía para levantar su campo.

Hay un hecho incuestionable en este asunto: el de que Miramón forzó el paso en Carretas superando las dificultades puestas por su enemigo. Y este hecho, por sí sólo, es el que obliga á reconocer que Miramón obtuvo un triunfo en dicho combate. Así lo reconoce el Coronel Paz en los siguientes párrafos, que me complazco en reproducir:

“Queda, por último, intentar resolver la duda de si aquel combate dió el triunfo á los liberales ó reaccionarios ó si se consideró indeciso.

“El móvil de toda operación responde á un fin: la victoria; pero ésta puede obtenerse, bien por un acto estratégico, un acto táctico, ó ambos á la vez.

“En el caso que examinamos, demostramos ya que la misión principal de Miramón, era de carácter estratégico, por la importancia que tenía para el Gobierno reaccionario la conservación no sólo de la plaza de San Luis, sino la de todo el Departamento; el acto táctico fué sólo un incidente.

“No pensó así Zuazua, cuando sinceramente confiesa que nunca tuvo la intención de acabar con Miramón, cuando precisamente no debió ser otro su pensamiento y su acción para que, conseguido su objeto, marchara seguro á San Luis, batiera al general Alfaro, quien no cesaba de pedir auxilio al Gobierno

(1) Coronel Paz.—Obra citada, pág. 351.

general, por juzgarse impotente para oponerse á las fuerzas liberales que operaban por aquella región.

“Estratégicamente Miramón consiguió su fin, pues *ocupó y conservó* San Luis.

“Tácticamente *venció*, porque forzó el paso, puesto que los liberales aseguraron se quedaron en él, bien entendido, como ya se dijo antes, que el único afán que preocupaba á Miramón no era de quedarse en la posición, sino alcanzar San Luis y llegó allá, medio muerto, agotado; pero llegó *sin perder una sola de sus piezas*, y después de haber hecho humanamente lo que podía para levantar su campo en la angustiosa situación en que se encontraba.” (1)

Militarmente, la acción de Carretas fué un triunfo del Ejército reaccionario; pero tan costoso, tan efímero, tan revelador de la potencia de esos guardias nacionales, con tanto desdén considerados por los militares de oficio, que, políticamente, el combate del Puerto de Carretas fué un triunfo para el Partido liberal.

Sigue, entre las negaciones de S. S., la de que Zuazúa no se retiró del campo de batalla de Carretas; presentando en apoyo de su dicho, la consideración de que las tropas liberales quedaron sobre el campo, cuando Miramón, tras forzar el paso, siguió su marcha hacia San Luis.

Voy á hacer ver á S. S., probablemente con absoluta sorpresa suya, que, aunque una parte de las tropas de Zuazúa permaneció en sus posiciones hasta mucho después del combate, su jefe, por los motivos especiales que adelante se verán, sí efectuó esa retirada, tan rotundamente negada por S. S.

Uno de los principales combatientes de Carretas, el Gral. Miguel Blanco, publicó en 1871 unas rectificaciones, copiadas en parte por el Coronel Paz, de las que tomo lo conducente al punto en discusión.

“Fuimos á dormir al rancho de Bocas, distante cosa de tres leguas. Allí vino el Coronel Zuazúa, de la hacienda del mismo nombre adonde había hecho alto con las fuerzas *que se habían retirado*. Entonces, referidas por él mismo, supimos las causas de *esa retirada*. Instruyendo al mayor general de la división de cómo había de hacerse el movimiento y presentarse

1. Obra citada, pág. 366.

CAPILLA ALFONSINA

la batalla, este jefe le hizo la reflexión de que era muy expuesta la empresa que íbamos á acometer, por nuestra inferioridad al enemigo en número y armamento. Venía fuerte de cuatro mil hombres y doce piezas de artillería, pero desvaneció sus temores el Coronel en jefe, manifestándole que el terreno escogido para la batalla, estaba bien escogido y nos era favorable, que el enemigo iba á sufrir una sorpresa que debía desconcertarle y desmoralizarle, y todo esto contribuir á su derrota, no obstante su superioridad material; que en todo evento, podíamos retirarnos sin peligro, ganando mucho, aún en este caso contra la moral del enemigo, para lo cual iríamos todos bien montados y sin embarazos de ninguna clase; disponiéndose al efecto, como se hizo, que dejáramos en el cuartel general todos los enfermos, los peores caballos, que montáramos á los soldados que estuvieran á pie en los sobrantes de los jefes y oficiales, para que no fuera ni un soldado mal montado, ni un caballo suelto, y que dejáramos, en fin, nuestros equipajes y hasta las mochilas ó maletas de la tropa.

“Desgraciadamente, el mayor general no conocía á fondo el espíritu de los hombres de la frontera, ni la táctica de la guerra del desierto, que en aquella ocasión nos brindaba con todas las ventajas para un triunfo más espléndido que el que se obtuvo; pues era la primera vez que mandaba fuerzas de la frontera. Le pareció que se había hecho mucho rechazando dos veces al enemigo, causándole pérdidas considerables de muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y que no debía exponerse tanto bien conseguido, á la prolongación de un combate que no podía dejar de considerar temerario de nuestra parte: creyó llegado el caso de la retirada, según el espíritu mismo de las instrucciones del Coronel en jefe, y de su responsabilidad diferirla, hasta consultar con él, no dándole tiempo la distancia á que se hallaba y lo apremiante de la situación; y se resolvió á retirarse con las fuerzas que estaban á su alcance, esperando que todas seguirían el movimiento y que éste se le aprobaría, justificado por las consideraciones expuestas.

“Supimos también del Coronel en jefe, que cuando se dirigió á las fuerzas que se retiraban, lo hizo con la intención de volverlas á sus posiciones; pero que después le pareció peligroso hacerlas ejecutar un cambio brusco de movimiento en aquellas circunstancias y preferible *seguir el que llevaban* para no

exponer lo ganado, esperando también que nosotros haríamos otro tanto.” (1)

S. S. creyó erróneamente que mi alusión á la retirada de Zuazúa, referíase á una efectuada durante la acción de Carretas; y, en esta inteligencia, negó rotundamente la inconcusa, aunque para él desconocida, retirada del mencionado Coronel en Jefe. Pero no fué á dicha retirada, calificándola de hábil, á la que yo me referí, sino á la efectuada por Zuazúa, á raíz del combate de Carretas; pues, en vez de avanzar, aproximándose á San Luis para amagar á esta plaza, retiró sus tropas todas, alejándolas de la base de operaciones del enemigo, como si el terrible esfuerzo de aquel reñido combate hubiera agotado por de pronto la energía de sus soldados.

Para dejar comprobada la habilidad de esta retirada, me bastará recordar que, gracias á ella, partió Miramón hacia Guadalupe sin preocuparse por la seguridad de San Luis; pues como dice el Coronel Paz: “El coronel Zuazua que *durante la permanencia de Miramón en San Luis estuvo á la expectativa, obra sobre seguro, cuando nada tiene que temer de aquellos dos respetables jefes conservadores.*” Osollo muerto y Miramón lejano, son los dos jefes aludidos en la frase preinserta.

También niega S. S. que Miramón haya creído que había alcanzado en Carretas una victoria, y menos completa. Y, aunque reconoce que dicho General se declaró victorioso en una Proclama expedida al día siguiente del mencionado combate, funda su negación diciendo: “que todo el mundo creyó lo contrario, al ver que Zuazua siguió amenazando la plaza sin que Miramón saliera á batirlo.”

Es absolutamente inexacta la afirmación de que Zuazúa siguió amenazando á San Luis, y, por lo mismo, carece de todo valor; pues, como acaba de verse, según afirma el Coronel Paz—que es el único historiador que ha hecho un minucioso examen crítico de aquellos sucesos—Zuazúa se mantuvo á la expectativa—la que nunca es amenazante—desde la llegada de Miramón á San Luis hasta su salida.

En cuanto á que todo el mundo creyera lo contrario—lo que es inexacto también, pues todos los conservadores creyeron lo

(1) Obra citada, pág. 352.

dicho por su joven caudillo—ésto, aun suponiendo que fuera cierto, no probaría la falsedad de una creencia manifestada por las palabras y los actos de Miramón; quien, no sólo en la citada Proclama, sino también en su Parte Oficial, declaróse vencedor; y quien no solicitó de su Gobierno el menor refuerzo, durante todo el tiempo de aquella su estancia en San Luis Potosí.

Es claro que los resultados del combate de Carretas no podían inducir á Miramón á creer en una victoria *completa*; pero esta creencia, iniciada en su ánimo cuando vió que el enemigo ni picaba su retaguardia, ni siquiera le seguía de lejos en su marcha de Carretas á San Luis, llegó á confirmarse cuando, mediante la hábil estratagema de Zuazúa—referida por mí—vió despejada por el enemigo, retirado aun más allá de Carretas, la zona de peligro para su Cuartel general.

Todavía hay otra negación de S. S. relacionada con el combate de Carretas: la de que Miramón no puede ser llamado victorioso, cuando iba de San Luis á Guadalajara en auxilio de esta plaza y seguimiento de Blanco; pues—según afirma S. S. en apoyo de su dicho—aun no había alcanzado entonces victoria alguna.

Miramón había sido, como 2º en Jefe de las fuerzas de Osollo, uno de los vencedores de Salamanca; y pocos días después, con ese mismo carácter, tras la capitulación de Parrodi, entró triunfante en Guadalajara. Estos dos hechos autorizan para llamarle victorioso, como yo lo hice con verdad y razón negadas por S. S.; pero los eliminaré de la cuestión, para que no se alegue que el epíteto de “victorioso”, en puridad, sólo puede aplicarse á un Comandante en Jefe.

Miramón había atravesado desde Guadalajara hasta Zacatecas, al frente de una División, sin que enemigo alguno, de los que operaban aisladamente en extensión tan dilatada, lo hubiese hostilizado siquiera. Esta es una marcha triunfal, que autoriza también á llamarle victorioso; pues ya se ha visto que, no sólo hay victorias tácticas, sino también estratégicas.

Por último, Miramón había triunfado en Carretas, como queda probado ya; y aunque esta fuera la única acción de guerra en la que había mandado en jefe, ella sola bastaba para autorizar el dictado de victorioso, que le dí en el pasaje impugnado por S. S.

* *

A más de las anteriores negaciones, hace S. S. la de que Miramón no batió á Degollado en Atenquique. Como fundamento de su dicho, refiere que ambos—Degollado y Miramón—se batieron en el fondo y en las quebraduras de la barranca, desde las once de la mañana hasta cerrar la noche; que la victoria quedó indecisa; que Miramón, como en Carretas, dejó el campo con muchos de sus muertos y heridos abandonados; y que se retiró precipitadamente hacia Guadalajara, hostilizado por una brigada ligera, mandada por el Gral. Núñez.

Vamos por partes.

Parece que S. S. ha entendido que, al decir yo que Miramón batió á Degollado, quise significar que no había habido de parte de éste la menor resistencia; puesto que refiere, que no batió el primero al segundo, sino que ambos se batieron. Es tan común usar el verbo batir por el de derrotar, que la confusión sufrida por S. S. sólo puede explicarse por el inmoderado afán de hallar errores en el pasaje de referencia.

En cuanto á que la victoria quedó indecisa, diré desde luego que tal afirmación es errónea, como paso á probarlo.

Es cierto, como dice S. S., que la acción de Atenquique duró desde antes del medio día hasta cerrar la noche; pero hay dos circunstancias importantísimas, calladas aquí por mi ilustrado contradictor: la de que, durante ese combate, las tropas de Miramón desalojaron de sus posiciones del fondo de la barranca—del plan, como se le llama comunmente—á sus contrarios; y la de que, al principio de la noche, á poco de cesar el combate, las tropas de Degollado se replegaron á la barranca de Beltrán, abandonando el campo al enemigo.

Estas dos circunstancias bastan para probar que no quedó indecisa la acción de Atenquique, sino que fué una victoria de Miramón. Y aunque esas dos circunstancias son de pública notoriedad, voy á dejarlas aquí comprobadas una vez más.

El mismo Sr. Cambre ha referido la primera en “La Guerra de Tres Años”, al relatar la acción de Atenquique y del modo siguiente:

“Una fuerza como de 200 reaccionarios desciende al fondo de la barranca, la hacen detenerse las balas liberales y la desorganizan. Sucesivamente bajan tres columnas de infantería á

las órdenes del coronel Vélez, atacan decididamente las posiciones que defienden los liberales *desde el plan*. El ataque es vigoroso: la resistencia obstinada; pero los liberales ceden terreno que *palmo á palmo van conquistando sus contrarios*, bajo el fuego que los diezma. Trepan sobre la cuesta occidental, siguen avanzando y llegan hasta la segunda vuelta del Caracol: un esfuerzo más y rebasan la posición. A esa altura, los liberales hacen alto y cargan sobre sus audaces enemigos: se traba un rudo y mortífero combate; cesa en aquel sitio el ruido de la fusilería, ya no hay tiempo para cargar las armas: se baten á la bayoneta. El choque dura muy poco tiempo: en esta vez los reaccionarios retroceden, peleando *hasta posesionarse de las cercas y de las casas del valle*, y allí esperan á pie firme. La refriega ha durado sin interrupción cerca de ocho horas: en ese tiempo no ha cesado de tronar el estampido de la artillería reaccionaria, que ha consumido más de seiscientos proyectiles de á treinta y seis, de veinticuatro y de á doce.”

Como el Sr. Cambre no especifica cuáles eran las posiciones de las que fueron desalojadas las tropas liberales en el episodio primordial de la acción, pues dice tan sólo que ocupaban *toda la cuesta occidental desde el plan*; recurro al Parte oficial de Miramón—que en este punto no puede ser sospechoso—para darlas á conocer circunstanciadamente:

“La barranca de Atenquique—dice el Parte—corta el camino de Colima en una extensión de más de mil varas; tiene la entrada en línea diagonal y una profundidad de seiscientas á setecientas varas: aunque el camino parece practicable, está formado de multitud de vueltas, las que lo hacen extender mil doscientas ó mil quinientas varas más, siendo preciso atravesarlas para llegar al fondo: un poco antes de arribar á éste, se encuentra un cerrito de altura casi igual á la que tienen los bordes de la barranca: en lo más profundo del camino se forma un pequeño valle atravesado por un río que en tiempo de lluvias es de alguna consideración; tiene, además, tierras cultivadas y *una gran ranchería*; la extensión del valle es de cuatrocientas varas cuadradas y la distancia desde donde comienza el ascenso hasta la salida, será de mil quinientas en las que, aunque el camino es menos inclinado, las vueltas son más multiplicadas y van formando recodos: espesas arboledas cubren la barranca á derecha é izquierda, no pudiendo la vista descubrir

más terreno limpio que el formado por el camino. Esta era la posición en que el enemigo se había fortificado con el objeto de impedirme el paso: para lograrlo había formado su fuerza del modo siguiente: los batallones 5º y 7º sobre el borde de la barranca y en el fondo: en el pequeño valle de que ya he hecho mención, los batallones de San Luis, Aguascalientes, Zacatecas y Mixto de la Unión, *los que ocupaban también toda la ranchería*: las fuerzas que acaudilla el Lic. D. Miguel Blanco que son los escuadrones Galeana, Cerralvo, Lampazos y Monclova, cubrían la salida del camino formados pie á tierra en tiradores y cubiertos por el bosque y encrucijadas.”

Tenemos, pues, que al principio de la acción los reaccionarios se apoderaron de la ranchería situada en el plan, desalojando de allí á los liberales; que, tras este triunfo parcial, siguieron su avance ascendente en la cuesta occidental hasta la segunda vuelta del Caracol, donde fueron no sólo contenidos sino obligados á retroceder; que después, batiéndose en retirada, se hicieron fuertes en la citada ranchería, que habían conquistado desde un principio y no apoderándose hasta entonces de ella—como el Sr. Cambre indica con estas palabras referentes al fin de la acción: “hasta posesionarse de las cercas y de las casas del valle—y, por último, que pernoctaron en la tal ranchería—cercas y casas del valle como las llama S. S.—después de que la llegada de la noche dió término al combate.”

La otra importantísima circunstancia fué la de que Degollado abandonó el campo de la acción, durante la noche, dejándolo libre á la vista del enemigo; y, aunque también notoria, voy aquí á hacerla constar de nuevo, como hice con la anterior.

“Entrada la noche—dice el Sr. Cambre en su citada obra—se replegó Miramón á su campamento sentado por la mañana al borde de la barranca, *llevándose sus heridos* y de allí participó á Guadalajara que había triunfado á la bayoneta; *al mismo tiempo Degollado dejaba el campo*, después de haber enviado á los heridos de sus tropas al hospital improvisado en Tonila, al abrigo de las fortificaciones de Beltrán, y se replegaba á dichas fortificaciones en el concepto de que el combate de aquel día no era más que el principio de la lucha.”

Como acaba de verse, tratando el Sr. Cambre de presentar como indeciso el resultado de la acción de Atenquique, pretendió hacer creer que ambos contendientes abandonaron al mis-

CAPILLA ALFONSINA

mo tiempo el campo, llevándose cada cual sus heridos y equiparando los movimientos, posteriores al combate, que respectivamente les asigna.

La razón natural indica que si las fuerzas reaccionarias, después de ser rechazadas en la segunda vuelta del Caracol, se posesionaron al acercarse la noche—como dice el mismo Sr. Cambre—de las cercas y casas que forman la rancharía del plan de la barranca, conquistada al medio día tras ruda y sangrienta pelea, sin que sus adversarios trataran de desalojarlos de allí; la razón natural, repito, indica que en tales circunstancias, las citadas fuerzas no habían de abandonar una posición, tan costosamente adquirida, para tratar de recobrarla al día siguiente; pues no podían adivinar la retirada del enemigo. En consecuencia, es inadmisibles que dichas fuerzas se replegaran al campamento, sentado por Miramón al borde de la barranca; y debe reconocerse que pernoctaron en la susodicha rancharía. De donde resulta que, mientras las tropas de Degollado abandonaban el campo, las de Miramón permanecieron en él.

Voy á suponer, prescindiendo por un instante de la Lógica, que, realmente, las tropas que ocupaban la rancharía se replegaron al campamento del borde de la barranca y que lo efectuaron al mismo tiempo que sus contrarios se retiraban hacia Beltrán; y, aun así, siempre resultará que Miramón y sus tropas quedaron en el campo, mientras que Degollado y las suyas lo abandonaron: ya que el citado campamento del General reaccionario se hallaba en el teatro de la lucha, como lo prueba que desde allí jugó su artillería durante todo el tiempo de la acción.

La razón natural indica también, que Degollado no pudo llevarse á todos sus heridos, sino únicamente á los que cayeron en la cuesta y borde de la barranca; pues los heridos en el plan se hallaban en terreno ocupado por el enemigo. Miramón, por lo contrario, sí pudo recoger á todos sus heridos, hasta los caídos al comenzar la segunda vuelta del Caracol, puesto que lo hizo al día siguiente al del combate, cuando todo el campo era suyo, por hallarse libre de enemigos; pues, aunque el Sr. Cambre, á renglón seguido del párrafo acabado de copiar, añade que Miramón retrocedió *precipitadamente*, lo que induce á creer que abandonó el campo apenas pasada la noche del 2, durante la cual—según S. S.—se había replegado al borde oriental de la barranca, lo cierto es que Miramón permaneció el día

3 en Atenquique, levantando el campo, como lo prueba el primer Parte á su Gobierno, en el que anunció su triunfo en términos concisos, y cuyo final es como sigue:

“Hoy me ocuparé de recoger el campo y oportunamente daré á V. E. el parte detallado de esta acción, por ahora solo puedo decir que la pérdida del enemigo ha sido muy grande en muertos, heridos y dispersos.—Dios y Ley.—Cuartel General en la barranca de Atenquique, Julio 3 de 1858.—Miguel Miramón.”

He aducido como prueba un Parte de Miramón, porque el dato que reproduje no es en modo alguno sospechoso, y no porque tales documentos merezcan fe absoluta, como paso á mostrarlo con el siguiente pasaje del Parte detallado de esa misma acción de Atenquique, que dice así:

“Doscientas varas faltarían para llegar á la cumbre de la barranca cuando la noche ocultó todo el campo: ya no había en él enemigo á quien combatir, pues había huído después de siete horas de combate, en las que les disparé 700 tiros de cañón, dejando en mi poder 122 muertos, mayor número de heridos, armamento, caballos y trenes, de todo lo cual, así como la pérdida que sufrieron mis fuerzas, tengo el honor de adjuntar á V. E. la respectiva relación.” (1)

De este dicho de Miramón debe rectificarse el “había huído”, aplicado malamente, por jactancia, á la retirada efectuada aquella noche de Atenquique á Beltrán por las tropas liberales: débese desconfiar del número de muertos y heridos abandonados, necesariamente, por los liberales en su retirada, pues el aumentarlo es achaque común en los partes militares: débese repudiar lo de que el enemigo dejó en su poder caballos y trenes; pues habiendo Degollado guarnecido la rancharía del plan con puros infantes y colocado en la cumbre, pie á tierra—como el mismo Miramón lo menciona—á los jinetes de sus escuadrones, es claro, que no pudieron quedar en el campo, caballos que no estuvieron en él, exceptuando, naturalmente, los de unos cuantos oficiales, que les fueron matados durante la acción, como

(1) Tanto los pasajes correspondientes á la obra del Sr. Cambre como al Parte de Miramón, los he tomado de la “Reseña” del Coronel Paz, citada ya, y en la cual se advierte que dicho Parte es vicioso y muy confuso, pues no se comprende en muchos de sus puntos.

aconteció con los del General José Silvestre Núñez y del entonces Coronel Mariano Escobedo; y en cuanto á los trenes, como el objeto de Degollado al dar la acción fué el de contener al enemigo para dar tiempo á que toda su artillería y demás trenes llegasen á las posiciones fortificadas de Beltrán, por cuyo motivo no empleó en el combate ni un sólo cañón, es inconcuso, que no pudo hallar Miramón ningún tren abandonado en el teatro de la lucha: y débese, por último, advertirse que Miramón no pudo saber que no tenía ya enemigos al frente sino al clarear el alba; pues á la hora en que señala esta circunstancia cuando "la noche ocultó todo el campo", era imposible ver si había ó no enemigo en los bordes de la cuesta occidental. En cambio debe admitirse, que Miramón recogió un número más ó menos crecido de adversarios heridos ó muertos, así como las armas que éstos y aquellos habían usado en el combate; y esta circunstancia confirma mi aseveración de que el citado General permaneció el día 3 en Atenquique, pues mal podía dedicarse á recoger heridos en el campo, durante la noche y cuando ignoraba que se había retirado el enemigo.

De todo lo expuesto aparece probado que Miramón obtuvo un triunfo parcial durante la jornada del 2, y que la retirada de Degollado, aunque obedeciera á propósitos estratégicos, al dejar el campo á su adversario, convirtió ese triunfo parcial, que á seguir la lucha pudo ser anulado, en un triunfo general. O, en otros términos, que Miramón alcanzó y batió á Degollado en la barranca de Atenquique.

* *

Réstame señalar las inexactitudes que acompañan, en el artículo del Sr. Cambre, á la última de sus negaciones; pues al ocuparme primeramente de ella, me limité á conceder la razón á S. S. en la parte esencial, y á explicar el origen del anacronismo en cuestión.

Como prueba plena de que Miramón supo la toma de Zacatecas por Zuazúa á raíz de haber acontecido, y no hasta después de librar la acción de Atenquique, debió S. S. presentar un parte del citado jefe á su Gobierno, fechado en San Luis Potosí el 29 de Abril de 1858, y que comienza y termina respectivamente, con estas palabras: "Comunico á V. E. la triste nueva

de haberse perdido el día 28 á las nueve de la noche, la capital de Zacatecas, cayendo en poder del enemigo, el General Manero, la mayor parte de los Jefes y Oficiales, la artillería y todo el material de guerra de la Brigada. La antes dicha noticia, ha sido dirigida al E. S. Gobernador por una casa particular, así es que puede no ser cierta en cuanto á sus detalles; pero sobre la pérdida no cabe duda." (1)

Creo que el Sr. Cambre no conocía este documento; y en tal caso, para hacer notorio mi anacronismo de referencia, habría bastado con señalar la fecha de la toma de Zacatecas y la de la partida de Miramón de San Luis para Guadalajara. Pero en vez de recurrir á tan sencilla demostración, púsose á relatar innecesariamente cómo aconteció, según él, la mencionada toma de Zacatecas. Y así echó á perder S. S. la única parte de su artículo en que estaba de su lado la razón; puesto que, tratando de rectificar un insignificante error mío, incurrió en varios errores de verdadera importancia.

Como acaba de verse, refiriéndose al propósito de Zuazúa de apoderarse de Zacatecas, dice S. S.: "Al efecto mueve su campo y dejando mil hombres en la hacienda del Carro á que le cubran la retaguardia y vigilen á Miramón en San Luis, marcha rápidamente con tres mil rifles, obliga á las haciendas de Salinas, Troncoso y San Pedro á que den al enemigo de San Luis y Zacatecas la falsa noticia de que sólo se mueven quinientos jinetes y logra engañar á sus adversarios y sin que la maniobra sea sentida oportunamente ataca SORPRENDIENDO á ZACATECAS, despedaza en la Bufo á la guarnición, tomando la posición á la bayoneta, y se apodera de la plaza el día 27 de Abril."

Todo lo que he subrayado es completamente inexacto; pues ni Zacatecas fué sorprendida, ni la maniobra de Zuazúa efectuóse sin que fuera sentida, ni los enemigos de Zacatecas y San Luis, es decir, ni Miramón ni Manero fueron engañados haciéndoseles creer que su adversario movíase tan sólo con quinientos jinetes. Paso á probarlo.

El mismo Sr. Cambre, en la "Guerra de Tres Años", dice: "El día 27 de Abril, á las primeras horas de la mañana, intimó

(1) "Reseña Histórica del Estado Mayor Mexicano", pág. 376.

Zuazua la rendición de la plaza, y negada ésta, al momento comenzó el ataque á la guarnición". Si hubo intimación anterior al ataque, es evidente que no pudo haber sorpresa.

El General Manero, con fecha 26 de Abril, esto es, la víspera del ataque y toma de Zacatecas, en carta particular dirigida al Ministro de la Guerra, General Don José de la Parra, le decía: "Mi querido Pepe: Como estará V. impuesto por mi comunicación de 24 del corriente, *pedí auxilio de fuerza* á los Sres. Generales Miramón y Comandante general de Guanajuato, de los que no he tenido contestación, y por la que dirijo á V. hoy se impondrá de que *tengo al enemigo á dos leguas de distancia*. Estoy resuelto á defender la plaza á toda costa, por parecerme interesante, para lo cual me he posesionado de algunos puntos, y el de la Bufa, en donde he hecho subir provisiones de galleta, otros víveres y forraje para la caballada y donde espero hacer el último esfuerzo....." (1)

Si el General Manero avisaba el día 26 que tenía al enemigo á dos leguas de distancia, y pedía desde el 24 auxilio á los Generales Mora y Villamil, y Miramón, es inconcuso que sintió oportunamente la maniobra de Zuazúa, consistente en marchar sobre Zacatecas. Además, si Manero desde la víspera del ataque supo la proximidad de Zuazúa, tomó posiciones y avitualló la Bufa, que era una de ellas, resulta también inconcuso, que estaba apercebido para el combate, y que, aun cuando no hubiera habido la referida intimación previa de Zuazúa, mal podía haber sido atacado por sorpresa.

En su comunicación oficial del 24, á que hace referencia el Gral. Manero en la carta acabada de citar, decía al Ministro de la Guerra: "Excmo. Sr.: Con esta fecha me dirijo á los Sres. General D. Miguel Miramón en jefe de la División del interior, y al Comandante general de Guanajuato para que me auxilién con fuerzas, pues por las noticias que hoy he recibido, parece indudable que las fuerzas de Nuevo León y Coahuila, *en número de más de dos mil hombres*, se dirigen á esta capital....." (2)

Si el General Manero, tres días antes de ser atacado, sabía ya que se dirigían contra él más de dos mil hombres, y á cau-

(1) Ibid, pág. 375.

(2) Ibid, pág. 374.

sa de ésto pedía auxilio á Miramón; y si éste recibía dicha petición de auxilio, motivada en el crecido número de enemigos, especificado en más de dos mil, que se dirigía sobre Zacatecas, es incuestionable que, cualesquiera que hayan sido los informes dados por los dueños ó administradores de las haciendas comarcanas, no lograron engañar ni á Miramón ni á Manero haciéndoles creer que Zuazúa movíase sobre Zacatecas, tan sólo con quinientos jinetes.

Francamente, para repetir la fabulita de la sorpresa de Zacatecas—propalada ya por Zamacois—no valía la pena de detenerse ante el insignificante anacronismo de que Miramón no supo hasta después de Atenquique, la toma á viva fuerza de la mencionada ciudad.

* * *

Aun tengo que considerar la última de las infundadas negaciones de S. S.: la de que Miramón no creyó terminada la campaña con su victoria de Atenquique. En apoyo de su parecer, S. S. presenta el resultado indeciso—según él—de la citada acción y la vuelta ofensiva de una brigada ligera que, á las órdenes del valiente General José Silvestre Núñez, hostilizó la retaguardia de Miramón en su retirada de Atenquique á Guadalajara.

Lo primero es falso y no tiene, por tanto, valor alguno. Lo segundo es cierto, pero posterior al momento en que atribuí racionalmente dicha creencia á Miramón; y, por tanto, inaplicable al caso.

Yo, después de decir que Miramón había alcanzado y batido á Degollado en Atenquique, agregué: "y cuando cree la campaña concluída, recibe la asombrosa noticia de que Zuazúa ha tomado á viva fuerza á Zacatecas y San Luis." (1)

Como se ve, yo me referí á un tiempo muy inmediato al triunfo de Atenquique, cuyo alcance en el criterio de Miramón vino á ser nulificado por la noticia de la inesperada y grandísima victoria de Zuazúa en San Luis: noticia que motivó lo precipitado del regreso de Miramón á Guadalajara. Así es que el argumento de la brigada ligera, cuya presencia no llamó la aten-

(1) No se olvide que esto de Zacatecas es el anacronismo que tengo ya explicado y subsanado.

CAPITULO ALFONSO

ción del General reaccionario sino cuando ya había emprendido su precipitada y retrógrada marcha, sería bueno para probar que no persistió en Miramón la susodicha creencia, pero nunca para probar que no la tuvo.

Yo no dije que Miramón creyera que había concluido la guerra, sino la campaña. Para lo primero se habría necesitado aniquilar por completo al enemigo, mientras que para lo segundo bastaba con lograr el objeto de la campaña. Cuando Miramón salió de San Luis, su objeto era el de libertar á Guadalajara. No solo había hecho levantar el sitio de esta plaza, sino que había arrojado á los sitiadores más allá de la línea divisoria de Colima, librando así de enemigos, no sólo á la amenazada capital de Jalisco, sino á todo este Departamento, como se le llamaba en lenguaje reaccionario.

Racionalmente, en el orden natural de las cosas, Miramón podía dar por terminada la campaña, como unos cuantos meses antes, tras la ocupación de Guadalajara y la retirada á Colima del Gobierno Constitucional; Osollo había dado también por concluída su campaña de entonces.

*
* *

No se limitó S. S. á negar erróneamente la verdad de lo dicho por mí en los diez puntos examinados ya, sino que, en su afán de hallar defectos en el susodicho pasaje de mis "Rectificaciones", supuso que el haber señalado una omisión referente á Zuazúa, significaba una preferencia otorgada á la superioridad militar de dicho guerrero, y calificó de injusta tal preferencia, no sólo respecto de los demás jefes fronterizos, sino de todos los que entonces luchaban por la Constitución y la Libertad.

La inferencia es mala, pues bastaba que hubiera en el libro del Gral. Reyes la notable omisión de referencia para que yo la mencionara, bien fuera ó no Zuazúa superior á sus demás compañeros de armas; pero la preferencia habría sido justa, pues la mencionada superioridad militar de Zuazúa es indudable.

Mientras Parrodi rebajó la moral de sus tropas retirándose de Celaya á Salamanca, donde provocó su derrota con el inoportuno empleo de su caballería, cuya brillante carga quedó esterilizada por el fuego convergente de la artillería enemiga,

no debilitada con anterioridad por la suya. Mientras ese mismo Parrodi, en Guadalajara, y Doblado, en Romita, capitulaban sin combatir nuevamente. Mientras Degollado levantó el sitio de Guadalajara á la simple aproximación de Miramón; y, desoyendo las indicaciones de Blanco, en vez de salir al encuentro del General reaccionario se retiró hasta la fortificada barranca de Beltrán, dejándose alcanzar, por la torpe lentitud de su marcha, en la más cercana de Atenquique. Mientras Vidaurri—desoyendo también los consejos de sus tenientes, en vez de marchar á apoderarse de Carretas, cortando así de San Luis á Miramón cuando una falta de éste le presentó tal oportunidad—dejóse flanquear y vencer en Ahualulco. Mientras todos esos jefes se redujeron á la defensiva en todos los casos citados y sufrieron derrotas más ó menos importantes, Zuazúa, por lo contrario, tomó siempre la ofensiva, combatió en los puntos por él elegidos, causó en Carretas á Miramón, á trueque de un triunfo efímero é insignificante, pérdidas cuantiosísimas, y se apoderó á viva fuerza de Zacatecas y San Luis. Los hechos, con su muda, pero irresistible elocuencia, están proclamando la innegable superioridad militar de Zuazúa, no vista por el Sr. Cambre en su obsesión de presentar al joven caudillo fronterizo como un simple subalterno que obraba siempre por órdenes y bajo la responsabilidad de un jefe superior. Ah! si Zuazúa hubiese mandado en Abril de 59 el Ejército Federal, según todas las probabilidades, habría tomado á Méjico, ó impedido la llegada de Márquez á dicha plaza, ó cuando menos evitado, retirándose oportunamente, el horrible desastre de Tacubaya!

Este mi reconocimiento de la superioridad de Zuazúa lo he visto compartido por conspicuas autoridades en asuntos de milicia.

Cuantas veces vióse alabado en mi presencia el General Escobedo por sus mejores combinaciones estratégicas, otras tantas oíle decir modestamente, que lo poco que sabía en achaques de guerra, debíalo á las enseñanzas de Zuazúa.

El ilustre Constituyente Don León Guzmán, militar y juriconsulto al mismo tiempo, en un opúsculo titulado "Cuatro palabras sobre el asesinato del Sr. General D. Juan Zuazua", tras referir la participación del Estado unido de Coahuila y Nuevo León en las luchas de Ayutla y la Reforma, dice así: "Pues bien, en todos estos hechos el Sr. Vidaurri dirigía la política y

encabezaba las operaciones; pero *él mismo tiene placer en asegurar que, el hombre de armas, el genio creador, el que dió á las armas del Estado brillo, prestigio y respetabilidad, fué el infortunado Sr. Zuazua, que nunca manifestó, ni siquiera la inocente ambición de que su nombre fuera conocido.*"

Y el Sr. Coronel D. Eduardo Paz, en la obra á que he venido refiriéndome, dice á páginas 400: "Es verdaderamente inexplicable, que habiendo sido San Luis, en Abril de 1858, el objetivo estratégico, que motivó en parte la subdivisión del Cuerpo de Ejército de Osollo después de la ocupación de Guadalajara, á los setenta días ó menos, el expresado general que había llegado de México, dándole á la plaza un contingente respetable, consintiera en la partida de Miramón para Guadalajara, dejándose sólo 2,000 hombres, cuando tan recientes estaban los acontecimientos del Puerto de Carretas y de Zacatecas, demostrando el arrojo, la inteligencia y la *superioridad* de las fuerzas fronterizas (1) sobre las que operaban en otro teatro á las órdenes del General Degollado."

Y no se crea que estos conceptos obedecen á una predilección por los guerreros fronterizos; pues refiriéndose á páginas 358 á una provincialista jactancia del Gral. Blanco, vertida en sus ya mencionadas "Rectificaciones", el hoy Brigadier Paz agregó lo siguiente: "En verdad, para obrar como debió dicho mayor general, cuyo nombre calla Blanco, *no se necesita ser fronterizo, ni conocer la manera de batir apaches, cualquier militar de pundonor* conserva su puesto hasta morir ó recibir orden de retirarse, como dignamente lo hizo el valiente coronel Aramberri y el no menos digno coronel Blanco."

Todavía con referencia á Zuazúa, el Coronel Paz añade estas palabras en la pág. 403: "Su conducta militar *muestra más inteligencia que la del gobierno general reaccionario* y la del comandante de la plaza Francisco Sánchez."

Ya se habrá convencido S. S. de la justicia con que yo habría obrado al atribuir á Zuazúa—como él lo imaginó—una superioridad militar, no sólo respecto de los otros jefes fronterizos y de los demás guerreros liberales de aquel entonces, sino también respecto del Ministro de la Guerra reaccionario, cuya ca-

(1) Acabamos de ver que el genio creador de esas fuerzas fué Zuazúa.

pacidad militar hallábase ilustrada por los informes é indicaciones de Osollo y Miramón.

*
* *

No salió S. S. abiertamente á la defensa del libro del Gral. Reyes; pero sí deslizó en su artículo varias frases engañosamente insinadoras de que la razón hallábase de parte del citado General y no de la mía.

Comenzó por decir, que mi libro estaba escrito con el fin de *apuntar* los errores y omisiones que, *á juicio mío*, contenía la obra histórica "El Ejército Mexicano", que escribió el Gral. Reyes, *cuando era Gobernador del Estado de Nuevo León*.

Esa palabra "apuntar" induce á hacer creer, que yo me limité á formar una lista de los errores y omisiones de referencia, sin dar razón alguna en apoyo de mis afirmaciones; siendo así que yo, no sólo mencioné, sino que comprobé detenidamente, uno por uno, todos los errores que rectifiqué; y siendo así que comprobé también lo extraño de unas omisiones, que habría podido tan sólo apuntar, ya que su verificación podía hacerse por cualquiera, con sólo revisar el libro del Gral. Reyes.

Titulábanse mis "Rectificaciones" "Un libro del Ministro de la Guerra—Errores múltiples y omisiones extrañas"; y al decir S. S. de este libro, que había sido escrito por el Gral. Reyes, cuando era Gobernador de Nuevo León, callándose que había sido publicado, cuando éste era ya Ministro de la Guerra, insinuaba, engañosamente, que era falso hasta el título de mi libro.

Y el decir, refiriéndose á los errores y omisiones del libro del Gral. Reyes, que lo eran á mi juicio, insinuábase, también engañosamente, que real y positivamente no existían tales errores y tales omisiones. Y nótese que S. S. se expresó en términos generales, que abarcan á todos los errores y omisiones á que yo me referí en mis citadas "Rectificaciones", sin paliar siquiera con el restrictivo de "algunos", la extensión general de la frase. De modo que, según la engañosa insinuación de S. S., errores tan notorios, como el de atribuir á las huestes aztecas una organización modernísima, con Brigadas, Divisiones y hasta Cuerpo de Administración Militar; y como el de afirmar que fueron tan sólo algunos jefes del Ejército los que reconocieron

CAPILLA ALFONSINA

á mi Padre, como Presidente Interino Constitucional—para no tomar estos ejemplos, sino entre los primeros y últimos casos presentados por mí—no son verdaderos errores, sino errores á juicio mío. Y, según esa misma engañosa insinuación, omisiones tan evidentes, como la de no mencionar al Benemérito de la Patria en grado heróico, Don Pedro Moreno—el más ilustre de los patriotas jaliscienses—al hablar de la defensa del fuerte del Sombrero; y como la de callarse que él había reconocido también al citado Presidente Interino Constitucional, no son omisiones realmente cometidas por el Gral. Bernardo Reyes, sino omisiones ¡á juicio mío!

Más adelante, cuando S. S. trató de equiparar con Zuazúa á todos los demás jefes liberales, se expresó de la siguiente manera:

“Si tratándose de los fronterizos *no sería equitativo* atribuir *exclusivamente* á Zuazúa la gloria en las atrevidas operaciones emanadas del plan de campaña, comprendiendo á los liberales que en Jalisco, Michoacán, Oaxaca y Veracruz, sostenían la *lucha con igual denuedo*, hay que *conceder á éstos la parte que les corresponde*, pues en aquellos días, como se dice *con toda exactitud* en “El Ejército Mexicano”, *condensando, conforme al plan de la obra, los infinitos detalles* de los acontecimientos que por todo el país se realizaban: “Se peleaba por todos rumbos. nunca se había sostenido tan porfiada lucha.”

Como al negar S. S. la superioridad militar de Zuazúa sobre los demás jefes liberales, tratábase de aptitudes y no de denuedos, es claro que la cita, tomada de “El Ejército Mexicano”, de que “se peleaba por todos rumbos” es del todo inoportuna é inadecuada. Y esta doble circunstancia deja ver, que el objeto de tal cita es el de insinuar que el Gral. Reyes apegóse á la verdad, al escribir su citado libro; puesto que, condensando detalles, habla de los acontecimientos con toda exactitud. Pero al deslizarse tal insinuación, olvidóse S. S. del criterio de los lectores, quienes, por poca atención que prestasen á la lectura, tienen que haber notado que al decir: se peleaba por todos rumbos. nunca se había sostenido tan porfiada lucha”, no se condensan detalles, sino que se suprimen por completo; y que expresiones tan extremadamente vagas, no refieren los acontecimientos con toda exactitud; pues ésta consiste en mencionar los hechos con todos sus detalles, sin cometer error alguno.

Y en contraposición de estas insinuaciones, encaminadas á favorecer indebidamente al Gral. Reyes, empleó otras S. S., destinadas á sugerir la falsa idea de que faltaban á mis “Rectificaciones”, justicia y exactitud; pues á eso induce el decir, que atribuí, sin equidad, exclusivamente á Zuazúa la gloria de las atrevidas operaciones del plan de campaña; y el agregar, que no concedí á los liberales que peleaban en Jalisco, Michoacán, Oajaca y Veracruz, la parte que de esa gloria les corresponde.

Yo me referí á un plan estratégico ideado por Zuazúa y del que no hizo la menor alusión, siquiera, el Gral. Reyes. La gloria que corresponde á esa idea es toda de Zuazúa, exclusivamente de él; y quererla extender, á título de equidad, á los demás jefes fronterizos, es sencillamente un absurdo, como lo es igualmente el pretender que corresponde parte de esa gloria exclusiva de Zuazúa á sus correligionarios de Veracruz, Oajaca, Michoacán y Jalisco. Yo no concedí á éstos parte en la citada gloria, sencillamente, porque de ella nada les corresponde; y desafío á S. S., á que señale cuál es esa parte de gloria, nacida del plan estratégico de Zuazúa, que me reprocha, indirectamente, no haber concedido á los liberales que peleaban en los Estados de referencia. ¡Parece increíble que el afecto al Gral. Reyes haya inducido á proferir tales absurdos á un escritor tan ilustrado como S. S.!

Para mayor abundamiento, al mencionar á Degollado, hizo S. S. en un paréntesis esta observación: “á quien *en las* “Rectificaciones” en vez de su título de General se le pone simplemente un *don*.” El hecho, sobre el que S. S. trató de llamar la atención de los lectores, es falso, completamente falso. Si el Sr. Cambre hubiera dicho: á quien en este párrafo, ó en este pasaje, en vez de su título se le pone simplemente un *don*, habría estado en lo cierto: lo que nada significaría. También S. S., como puede verse en alguno de los párrafos que he copiado de “La Guerra de Tres Años”, en vez de dar allí á Degollado su título de General, le llama á secas por su apelativo. Pero, para volver importante una insignificancia, salióse S. S. de la verdad, y atribuyó en general á mis “Rectificaciones”, es decir, á todo mi libro, una circunstancia particular de uno de sus párrafos. Y no se crea que tan falsa afirmación debióse á un olvido; pues en el mismo Capítulo en que se halla el párrafo en cues-

tión, anteriormente y á distancia menor de tres páginas, refiriéndome precisamente á una Proclama, de la que S. S. me regaló amablemente un ejemplar—circunstancia que marqué con agradecimiento—llamé á Degollado, con todas sus letras, Ministro de la Guerra y General en Jefe del Ejército constitucionalista. Aquí también se percibe claramente que, tratando de hacer creer que en mi libro cometíanse omisiones tan notorias, se insinuaba, tan engañosamente como en el caso anterior, que yo ocultaba en parte la verdad.

Así, por medio de estas insinuaciones engañosas—nacidas seguramente de un gran afecto por el Gral. Reyes—trató S. S. de hacer creer que eran infundadas mis censuras al libro del mencionado General; pues mientras en la “Monografía Histórica”—según expresaba—se referían los hechos *con toda exactitud*, en mis “Rectificaciones”—según dejaba entender—se faltaba notoriamente á esa misma exactitud.

* * *

Una observación para concluir. Supóngase que realmente hubiera yo cometido todos los errores que supuso S. S., referentes á las acciones de Carretas y Atenquique; y no por eso dejaría de ser cierta la omisión que motivó el artículo de S. S. Aún más, supóngase que dicha omisión fué imaginaria, como erróneamente afirmó S. S.; supóngase que no existió el hecho que señalé como callado en la “Monografía Histórica del Ejército Mexicano”; y no por eso dejarían de ser ciertas todas las demás incontables y extrañas omisiones señaladas por mí, ni se trocarían en verdades los múltiples errores por mí rectificadas; esto es, no por eso cambiarían las condiciones que hacen detestable el lujoso libro del General Bernardo Reyes.

Una hipótesis absurda del Coronel Obregón.

Mucho tiempo después del artículo del Sr. Cambre, en 1908, á raíz de las declaraciones contenidas en la “Entrevista Reyes-Barrón”—imitación vulgar de la “Entrevista Díaz-Creelman”—se hicieron en un Boletín del “Diario del Hogar” ciertas reminiscencias, exactísimas en su parte esencial, pero erróneas en algunos detalles, que, por estimarlo conveniente, me apresuré á rectificar en carta dirigida al Sr. Director del citado diario. En ella hice, á mi vez, las necesarias reminiscencias con sus correspondientes apreciaciones. Ni el Boletín ni la carta fueron del agrado del Sr. Coronel Don Adolfo M. de Obregón, quien, ofuscado por su exagerado afecto al Gral. Reyes, salió á la defensa de este personaje en el “Paladín”; pero de tan curiosa manera, que resultó contraproducente su defensa; pues ella consistió en rebatir cargos imaginarios, desatendiéndose de los formulados realmente, con excepción de uno solo, del que trató de salvar á su defensor por medio de una simple hipótesis, tan absurda, que sorprende haya sido de su invención. Repliqué inmediatamente en el “Diario del Hogar”—que como he dicho varias veces, dió siempre franca hospitalidad á mis escritos históricos—en la forma y manera que se verá á continuación. Y no reproduzco también mi citada carta ni el artículo del Coronel Obregón; porque en mi réplica se encuentra repetido todo lo interesante de la una y del otro, según puede verse en seguida.

Una curiosa defensa del General Bernardo Reyes.

Debo á la amabilidad de un buen amigo mío, el conocimiento de un artículo publicado recientemente en “El Paladín” por el inteligente y caballeroso Coronel don Adolfo M. de